



Aquel triunfo inspiró á algunos la idea de alejarlo; se empezaba á comprender que un hombre que manejaba al pueblo con tal habilidad, podia llegar á ser un hombre peligroso.

Le dieron el mando de la España ulterior y el encargo de presidir las asambleas de los comerciantes romanos establecidos en la provincia; pero se detuvo en Cádiz.

Allí, en el templo de Hércules, habiendo visto la estatua de Alejandro, se acercó á ella y la contempló largo tiempo inmóvil y mudo.

Uno de sus amigos notó entonces que brotaban de sus ojos gruesas lágrimas.

—¿Qué tienes, César? le preguntó aquel amigo; ¿por qué lloras?

—Lloro, contestó César, porque pienso que Alejandro á mi edad habia sometido ya una parte del mundo.

Pero aquella misma noche tuvo un sueño.

Los sueños inspiraban el mayor respeto á los antiguos.

Los habia de dos clases: unos que salian del palacio de la Noche por la puerta de marfil—eran los sueños frívolos, á los cuales no se debia prestar atencion alguna—y otros que salian por la puerta del cuerno: estos eran los sueños predestinados y que provenian de los dioses.

Como todos los grandes hombres, como Alejandro como Napoleon, César era supersticioso.

Hé aquí ahora su sueño: habia soñado que violaba á su madre.

Hizo venir explicadores de sueños—en general eran caldeos—y les preguntó qué significaba aquel.

Los explicadores le contestaron:

—Ese sueño, César, significa que el imperio del mundo te pertenecerá un dia, pues esa madre que has violado, y, por lo tanto sometido, no es otra que la tierra, nuestra madre comun, cuyo señor estás llamado á ser.

¿Acaso fué esa explicacion lo que determinó á César á volver á Roma?

Es muy probable.

Como quiera que sea, abandonó la España antes del tiempo señalado, y halló á su paso las colonias latinas en completa revuelta: pretendian la ciudadanía.

Tal era el ansia que tenia de una celebridad cualquiera, que dudó un momento ponerse á su frente; pero las legiones, prontas á partir para la Cilicia, se hallaban á las puertas de Roma; el momento era inoportuno; así, pues, entró en la ciudad sin hacer ruido.

Sin embargo al pasar echó su nombre á las colonias, y estas supieron que en un momento dado, en,

una hora oportuna, los descontentos podrían agruparse á su alrededor.

El nombre de César tenía desde entonces su sinónimo; significaba *oposición*.

Al día siguiente se supo que estaba de vuelta y que se hacía apuntar en la lista de los que pretendían el cargo de edil.

Entretanto, se hizo nombrar conservador de la vía Appia.

Era el medio de gastar de una manera fastuosa su dinero, ó, mas bien, el dinero de los demás, á los ojos de Roma.

La vía Appia era una de las grandes arterias romanas que ponían en comunicación á la ciudad con el mar; tocaba al paso en Nápoles, y se extendía desde allí, á través de la Calabria, hasta Brindis.

Servía también de cementerio y de paseo.

A ambas orillas del camino los ricos particulares que tenían casas á lo largo de la vía se hacían enterrar delante de sus puertas. Se plantaban árboles al rededor de las tumbas, se arrimaban á ellos bancos, sillas y sillones, y por la tardecita, cuando se empezaba á respirar, cuando las primeras brisas nocturnas atravesaban el aire, iban á sentarse allí, á la luz del crepúsculo, bajo la frescura de los árboles, á ver pasar los elegantes en sus caballos, las

cortesanas en sus literas, las matronas en sus carros de paseo y los proletarios y los esclavos á pié.

Era el Longchamp de Roma con la diferencia de verse concurrido todos los días.

César hizo volver á empedrar la vía, replantar los árboles arrancados ó muertos, componer las tumbas deterioradas y escribir otra vez los epitafios borrados.

El paseo, que solo era un paseo ordinario, se convirtió en un verdadero *Corso*. Su gran boga data de las reparaciones que César hizo hacer en él.

César preparaba así maravillosamente su candidatura á la edilidad.

Durante ese tiempo se traman en Roma dos conspiraciones.

Todo el mundo grita que César tiene parte en ellas y que conspira con Craso, con Publio Silo y con Lucio Autronio.

En una se debe degollar á una parte del Senado, dar la dictadura á Craso, que hará á César comandante de la caballería, y restablecer á Sila y Autronio en el consulado que se les ha quitado.

En la otra, obra de concierto con el jóven Pison y por eso dicen que se da á ese jóven de veinticuatro años el departamento de España como comisión extraordinaria. Pison debe sublevar los pueblos del

otro lado del Po y de las orillas del Ambro, mientras César conmovió á Roma.

La muerte de Pison es lo que hace abortar ese segundo proyecto, según se pretende.

El primero tiene mas consistencia.

Tanusio Gémino en su historia, Bíbulo en sus edictos, Curion padre en sus arengas, hablan de esa conjuración.

Curion hijo hace alusión á ella en una carta á Axio.

Según Tanusio, Craso es quien retrocede. El millonario Craso teme á la vez por su vida y por su dinero. Retrocede, pues, y César no hace la señal convenida.

Esa señal, según Curion, era dejar caer el manto de los hombros.

Pero todas esas acusaciones son rumores que lleva el viento de la popularidad de César.

En el año 687 se hace nombrar edil, esto es, corregidor de Roma; ofrece al pueblo juegos espléndidos, hace combatir trescientos pares de gladiadores y cubre el Forum y el Capitolio con galerías de madera.

Su popularidad llega á convertirse en entusiasmo. Solo se le reprocha una cosa: para comprender ese reproche es preciso ponerse bajo el punto de vista de la antigüedad.

¡César es demasiado humano!

Si dudais, leed á Suetonio; este autor cita pruebas que causan la admiración de Roma y que hacen encogerse de hombros á los verdaderos romanos,—sobre todo á Caton.

Así, viajando con un amigo enfermo, Cayo Opido, le cede la única cama que hay en la casa y él duerme al aire libre.

En otro viaje su huésped le sirve aceite malo, y él, no solo no se queja, sino que manda á sus criados á buscar otro aceite, á fin de que el huésped no note la falta cometida.

Su panadero le sirve á la mesa mejor pan que á otros comensales y lo hace castigar.

Pero hay todavía algo mas que eso: ¡perdona! Es extraño, pues el perdon es una virtud cristiana; aunque, ya lo hemos dicho, á nuestros ojos César es uno de los precursores de esa religión.

Memmio lo ha desacreditado en sus arengas, diciendo que ha servido á Nicomedes á la mesa con los eunucos y los esclavos de ese príncipe.—Ya se sabe cuál era el doble oficio de los escanciadores; habia en ello un mito; era la historia de Ganimedes.—César votó en pró del consulado de Memmio.

Cátulo ha escrito epigramas contra él, porque César le ha soplado al paso su querida, hermana de

Clodio, mujer de Metelo Céler. César convida á Cástulo á comer con él.

Sin embargo de todo eso se venga; pero es cuando se ve obligado á ello, y aun entonces se venga dulcemente: *in ulciscendo natura lenissimus*.

Así un esclavo que ha querido asesinarlo es condenado simplemente á muerte.

Acaso se preguntará: ¿y qué mas le podia hacer?

¡Diantrel podia darle tormento, arrancarle la vida á latigazos, echarlo de pasto á los peces.

Pero César no hace nada de eso; jamás ha tenido carácter para hacer daño: *nunquam nocere sustinuit*.

Solo hay una cosa que el pueblo, que lo adora, no le perdona, y es que haga sacar del circo y cuidar á los gladiadores heridos en el momento en que los espectadores van á pronunciar su sentencia de muerte: *gladiatores notos sicubi sufestis spectatoribus dimicarent vi rapiendos reservandosque mandabat*.

Pero, esperad: hay un medio de hacérselo perdonar todo.

Una mañana se eleva un gran rumor en el Capitolio y en el Forum.

Durante la noche se han vuelto á traer al Capitolio las estatuas de Mario y los trofeos de sus victorias; esos mismos trofeos que se conservan aun hoy, adornados con inscripciones címblicas que el Senado habia hecho borrar.

¿No era César sobrino de Mario? ¿No se jactaba de ello á cada paso? ¿No habia dicho Sila á los que le pedian su perdon: “Bueno, os lo concedo, insensato; pero, cuidado! en ese jóven hay muchos Marios?”

Aquel ensayo de César fué un asunto muy grave.

Mario, visto sobre las ruinas de Cartago, habia adquirido las proporciones gigantescas de Napoleon en Santa Elena; era su sombra, saliendo de la tumba, que se aparecia de repente á los romanos.

Figuraos la estatua de Napoleon subiendo en 1834 á lo alto de la columna con su pequeño sombrero atravesado y su redingote gris.

Los soldados lloraban. Hombres de cabellos blancos contaban la llegada á Roma del vencedor de los teutones. Era un aldeano de Arpinium, de familia ecuestre sin embargo, pero rudo, y que jamás habia querido aprender el griego, idioma que habia llegado á ser el segundo y aun quizá el primero de la aristocracia romana, como el francés es hoy el segundo y acaso el primero de la aristocracia rusa. En el sitio de Numancia, Escipion Emiliano habia adivinado su genio militar, y como le preguntasen quién le sucederia un dia:

—Quizá este, contestó, tocando á Mario en el hombro.